

Diablo!... Juana ya está prevenida, dispuesta a seguir punto por punto mis indicaciones: el pintor eres tú; tu visita puede efectuarse mañana mismo; ahora, lo que resulte de este enredo, ni Merlín lo sabe. ¿Qué te parece mi plan?... Tiene la mar de gracia eso de presentarte en mi casa y saludarnos como si no nos conociésemos, ¿eh?...

—Es una aventurilla deliciosa.

—Bien; tú eres amigo de Juana...

—Convenido.

—Y a mí sólo me has visto una vez en casa de ella, ¿sabes ... No lo eches a perder llamándome Punto-Negro..., porque entonces no respondo de echarme a tu cuello y comerte a besos.

—Perfectamente.

—Pues entonces te espero mañana a las cuatro de la tarde; serás bien recibido; ahora voy a engatusar a mi gente hablándoles de ti... ¡Chico, qué bien!...

Cuando se separaron era muy tarde; ella salió corriendo, pensando en el pasillo cómico que al siguiente día iba a representar.

Todo aquello, tan original, tan imprevisto, era la obra del Destino impenetrable, que empuja a los seres.

VIII

Momentos antes de la hora fijada por Matilde Landaluce para la cita, cruzaba Claudio la encrucijada de Cuatro-Caminos.

Hacia un calor insoportable; la brisa levantaba pequeños remolinos de polvo que volaban por la carretera en zig-zags, agitando los toldos extendidos delante de las tabernas sobre las me-

sas de pino colocadas al aire libre; dentro del convento de Nuestra Señora de las Maravillas resonaba el monótono guirigay de los chicos que repetían en coro y a gritos la formación de los diptongos.

Por el camino avanzaban, en dirección a Tetuán, varias carretas vacías: en cada una de ellas iba un hombre; todos parecían dormir; los unos boca abajo, los otros pecho arriba, con el ancho sombrero de fieltro echado sobre la cara y las piernas y los brazos abiertos, estremeciéndose inertes a cada movimiento del vehículo, como si el trabajo hubiese relajado la tonicidad de sus músculos: las ruedas, mal engrasadas, giraban con chirrido continuado, desapacible, que recorría toda la escala, desde los tonos más graves a los más agudos, sin interrumpirse jamás; era un quejido del hierro, un *yiii...* doloroso, que subía y bajaba, retorciéndose a lo largo del camino polvoriento; los babosos bueyes caminaban perezosamente, apoyándose el uno sobre el otro para sentir menos la fatiga y el húmedo hociquito pegado al suelo, como olfateando.

A lo lejos, a ambos lados de la desierta carretera, que se extendía formando una curva, blanqueaban multitud de casitas de un solo piso, y en último término, la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, levantando su torre blanca y puntiaguda, semejante a un colosal sorbete de arroz.

Claudio Antúnez no había vuelto a pasar por aquel sitio desde la noche en que conoció a Matilde, y esta vez caminaba recordando los menores detalles del primer encuentro: sus impresiones al ver entrar a Punto-Negro en el tranvía, la prontitud oportuna con que él acudió a cederla su asiento, y el modo que ella tuvo de sonreír y darle las gracias; las vacilaciones que le asal-

taron antes de acercarse a ella, cohibido por una cortedad ridícula de enamorado barbilindo, y la zanja que obligó a Matilde a detenerse un momento y sirvió de pretexto para que la conversación se entablase; sus primeras palabras y el acento irónico que la joven dió a sus respuestas: todo aquel enredo pudo frustrarse si la cuneta, llena de agua, no hubiese contenido algunos segundos la marcha de Punto-Negro... Y es que la pereza de los hombres es la aliada más poderosa que tiene la virtud de las mujeres.

Pasado el convento de monjas, torció a la derecha, y subiendo un pequeño repecho llegó a la explanada, a la terminación de la cual el hotel de Matildita Landaluce esperaba.

Antúnez avanzó en línea recta por un sitio que el continuo ir y venir de los caminantes había despojado de hierba y convertido en vereda; en la llanura silenciosa sus pisadas resonaban con ritmo acompasado; sobre el horizonte, inundado de luz, se extendía ese cielo azul blanquecino, característico de los países fríos; al cual los resplandores del sol parecen haber decolorado, robándole su primitivo color de añil. Cuando llegaba al hotel vió el picaresco semblante de Punto-Negro que le sonreía tras de los cristales de su pabellón de costura; era una sonrisita de bienvenida que infundía valor. Claudio se detuvo ante la verja, tiró de un cordón que hizo vibrar una campanilla oculta entre las enredaderas del jardín, y esperó, como escuchando el silencio. Después oyó la voz de Matilde, que decía con acento autoritario:

—¡Juliana, sal a ver quién es!...

Abrióse la puerta del hotel y del fondo obscuro del recibimiento surgió la figura cobriza de una mulata.

—; Es un caballero, señorita!—gritó, fijando en Claudio una mirada de criada inteligente.

Y volvió a oírse la voz de Matilde, que decía:

—Hazle pasar a la sala y avisa al señor.

Juliana atravesó el jardín y abrió la verja.

—Entre — dijo con marcado acento habanero —: tenga la bondad de venir conmigo.

Antúnez la siguió y entraron en la salita de confianza.

—Aquí puede descansar mientras vienen los señores; dígame a quién anuncio.

—A Claudio Antúnez — repuso el pintor, ocupando una mecedora.

Fuése la mulata y Claudio quedó solo, haciendo esfuerzos para contener la risa. En aquella habitación, débilmente iluminada, se sentía una agradable frescura de cuarto interior. Al principio Claudio no pudo distinguir nada; luego, sus ojos fueron acostumbrándose a la obscuridad y los objetos se acentuaron tímidamente en la penumbra; la mesa, con su escribanía de plata y su quinqué con pantalla verde; los muebles de Viena, cuyos asientos de rejilla resaltaban alegremente con un amarillento color de paja pintada... Todo aquello era propiedad de Pablo, y a este recuerdo mortificante iba ligado el de Matilde, que también andaba por allí, abriendo la ventana para que el aire se renovase, esparciendo en la atmósfera el perfume de sus vestidos, dejando sobre el polvillo del suelo el diminuto contorno de sus pies: allí estaba *él*, pero también vivía *ella*, y no sabía si admirar aquellos objetos con alegría o con odio.

En el saloncito vió un retrato grande, que le preocupó: era el de un hombre que representaba cuarenta años, con la frente espaciosa, el rostro enjuto, la nariz aguileña, la barba rala y puntiaguda. Claudio se levantó para examinarle más

de cerca, hostigado por la singular expresión de aquella fisonomía, cuyos ojos parecían mirar a todas partes.

Aquel retrato le mortificaba, cual si desde el marco donde estaba encerrado protestase enérgicamente contra la presencia del visitante, que offendía su hogar, y gritase... «¡fuera, fuera...!» en su misterioso lenguaje de estampa muda.

Luego volvió a sentarse, oyendo ruido de pasos que se acercaban, y después aparecieron Matildita Landaluce y un hombre, el original del retrato: tras de ellos y sin atravesarse a entrar, estaba Juliana, alargando el cuello para ver a Claudio, y mostrando al sonreír, por entre sus labios carnosos, su blanca dentadura de mulata joven. Antúnez se adelantó, inclinando el busto ceremoniosamente. Matilde le saludó con gravedad, no queriendo intimar demasiado pronto con una persona que no conocía y con quien iba a ajustar un trabajo: después le presentó.

—El señor don Claudio Antúnez, de quien te hablé; mi esposo...

Pablo Estrada avanzó y los dos hombres se saludaron. Juliana se había retirado, cerrando la puerta. Estrada ocupó una mecedora, Claudio otra; Matilde se sentó en el sofá, sirviendo de conjunción copulativa entre aquellos dos machos rivales.

La conversación empezó lánguidamente: hablaron de los inconvenientes del verano, de lo feos que son los alrededores de Madrid, de lo mucho que edificaban por aquella parte... Matilde cortó tan soporíferas divagaciones hablando del asunto que allí les había reunido.

—Quedará usted satisfecho del retrato — dijo Claudio.

—¡Ojalá sea así! — repuso Estrada—, pero lo dudo; mi mujer nunca queda bien; unas veces

seria, otras... Y conste que la he llevado a casa de los mejores fotógrafos, porque aquí no nos andamos por las ramas; lo mejor, lo mejorcito... Yo siempre me hago la siguiente reflexión...

—No achaques a los fotógrafos la culpa— interrumpió Matilde—, pues los pobrecitos no la tienen... Sí, a mi cara; esta carilla que Dios me dió para negar la exactitud de la fotografía.

Su marido rió el chiste.

—¡Tiene la mar de gracia! — exclamó ella riendo con aquella risa aguda y nerviosa que ponía en Antúnez deseos de morder. Claudio, apreciando la burleta, también rió.

—Comprendo que los fotógrafos no la hayan retratado bien—dijo—; pues los semblantes expresivos como el de usted, en cuanto se ponen serios, se descomponen y transfiguran. En mi concepto, la fotografía sirve únicamente para fijar la imagen de una estatua, un paisaje o un edificio, para lo que no se mueve... Por eso la detesto, porque la fotografía es para la pintura, lo que para la música esos insoportables pianillos mecánicos, que lo mismo ejecutan un paso doble, que un aria: las notas salen del cilindro atropelladamente, duras, frías, despojadas de la intencionada expresión que las dió el artista; y el hábito pasional, el espíritu vivificador de la melodía, queda tronchado al rápido girar de la manivela; son notas muertas, esqueletos de sentimientos: las notas del violín o del piano provocan la risa o el llanto, escarabajean el pecho, conmoviéndole; es la música del corazón y de la cabeza: la de los pianillos sólo sirve para bailar; es la música emplebeyecida y embrutecedora de los pies. Pues bien, la fotografía es la pintura muerta, la pintura sin alma. Vamos a retratarnos y empiezan a decirnos: ¡No se mueva usted, mire a este punto y no pestañee, sonría un poquito y

conserve esa sonrisa!... Los semblantes impasibles quedan bien, porque en ellos el espíritu está disimulado bajo la quietud de los órganos faciales; pero con las fisonomías alegres, como la de usted, en las que la expresión de los ojos y el movimiento de los labios lo son todo, la fotografía no puede pintar el alma que se asoma a esos ojos habladores, ni la vida retozona que embellece los labios... pues para obtener un retrato exige que se quede usted serio, que no ría, que no se mueva...

Había hablado mucho, dejándose llevar de su pasión; luego se reprimió, temiendo haber cometido alguna imprudencia, y las últimas palabras fueron dirigidas a Pablo Estrada, como solicitando la complicidad de su asentimiento.

—Y usted — preguntó Matilde —, ¿podría fijar en el lienzo el espíritu de mi retrato?... Yo creo, y vamos de comparaciones, que la movilidad del semblante es para ustedes, lo que para los tiradores al blanco el huevo que bailotea sobre un surtidor de agua: ellos tiran y no aciertan a romper el huevo, como los pintores pintan sin conseguir representar la parte del rostro que vive, que se mueve...

—Es que yo haré con su retrato lo que los buenos estudiantes con las lecciones difíciles que no pueden aprender de memoria: las leen varias veces para asimilárselas bien, y luego las dicen a su modo, con las palabras más fáciles, fijándose en el espíritu de la letra, no en la letra misma. Yo emplearé un procedimiento semejante; examinaré el carácter de usted, sorprendiendo sus actitudes habituales, sus gestos favoritos y procuraré fijarlos en mi memoria para familiarizarme con su fisonomía; y así, cuando oficie usted de modelo, conciliaré la Matilde platicadora de mis re-

cuertos, con la Matilde muda que tengo delante, y el retrato quedará perfecto...

Después, Pablo Estrada abordó la cuestión del precio, queriendo arrancarle a Antúnez una contestación definitiva.

—No porfíe usted, pues yo no pido nada, ni consiento tampoco que usted ofrezca—dijo el pintor—: esto depende de circunstancias múltiples que ninguno de los tres puede prever: de cómo quede el retrato... ¡quién sabe!... es probable que nuestra amistad se aprecie tanto que de común acuerdo reconozcamos que mi trabajo está espléndidamente pagado con el cariño que mutuamente nos profesamos.

Cuando Claudio Antúnez iba a marcharse, Matilde quiso enseñarle la casa.

—Sí, sí—dijo Estrada—; el hotel es modesto, porque yo creo que es pecado tener más de lo justo; pero, en fin...

La joven corrió a abrir la ventana del pabellón, y el despacho y la salita se iluminaron.

—Aquí tiene usted el despacho de Pablo; ésta es la sala de confianza: arriba tenemos otra mejorcita, que sólo se abre los días extraordinarios, en que las campanas de las iglesias se echan a vuelo. Ya ve usted que desde la primera entrevista le tratamos llanamente. Síganme ustedes; serviré de *cicerone*.

Sucesivamente fueron recorriendo el cuarto de costura, el comedor, la cocina, el cuarto de baño, grande y estucado, con su pila y sus grifones de bronce; todo estaba limpio y arreglado, y envuelto en una grande penumbra frescachona.

—La huerta la verá usted luego—dijo Matilde—; ahora subamos al piso principal; tómese usted este trabajo y conocerá a mi madre.

Volviéron al recibimiento: Antúnez lo miraba todo con escrupulosa minuciosidad, recreándose

en conocer aquellos objetos de que Punto-Negro le había hablado tantas veces.

—Yo subiré delante—dijo Matildita, echando escaleras arriba—; vengan ustedes.

Ellos la siguieron: primero el pintor, después Pablo Estrada. La escalera era de pino y muy pendiente, y la joven, dada su gordura y la cortedad de sus piernas, tenía que recogerse el vestido por delante para no pisárselo. Claudio la veía subir titubeando mucho sus firmes caderas y agarrándose al pasamanos; iba tras ella, aspirando el perfume de sus vestidos, viendo el nacimiento de sus pantorrillas, sintiendo el calor lascivo de su cuerpo, que se estremeció bajo la fina falda de percal: entonces, excitado por la proximidad de aquella mujer, que tan poderosamente hablaba a sus sentidos, la desnudaba con la imaginación representándose como antes la viera en la buhardilla de Antonia Carrasco: con sus hombros redondos, la suave curva de su cintura, el ensanche audaz de sus caderas, la pomposa morbidez de su carne siempre fría, ensueño sensual que en las noches de insomnio le acusaba como un demonio torturador... Ella, con esa doble vista que tienen las mujeres para adivinar los deseos que encienden, continuaba gozosa su ascensión, moviendo las caderas...

Cuando llegaron arriba, se detuvo sofocada, con las mejillas encendidas y la boca entreabierta, para respirar mejor.

—¡Uy, qué cansada estoy—dijo—; creí ahogarme...! ¡Bah...! inconvenientes de ser muy chica y de estar muy gorda. Empezaremos por la izquierda: éste es un cuarto-ropero; tiene una ventana desde la cual se ve toda la huerta.

—El hotelito es un hechizo—repetía Claudio distraído—; ¡qué bonitas son las habitaciones

y con qué sencillez de tan buen gusto están adornadas...!

—No, señor, no exageremos—dijo Estrada—; porque yo, a quien podía ofuscar la pasión de propietario, comprendo que no es para tanto. Todo es bueno, sí, pues yo soy de los que creen... vamos... que el dinero debe gastarse de golpe. Lo demás es tontería, no luce, y en pocos años se queda usted sin dinero, sin casa y sin muebles, diciendo: ¡quién lo pensara! ¡quién lo creyera!...

Antúñez le respondía maquinalmente, estudiando la figura de Pablo; aquel hombre vulgarísimo, que rellenaba su conversación de lugares comunes y que a cada momento se interrumpía, no porque le faltase el aliento, sino porque las ideas le faltaban y salían a tropezones, como el agua de una fuente intermitente.

—Esta es mi alcoba—dijo Matilde.

Claudio sintió celos al penetrar en aquella habitación, cuyas frías paredes estucadas parecían corresponder a la yerta pasión que solía exprimirse en aquel enorme lecho de nogal. Matilde Landaluce notó su turbación y se apresuró a distraerle.

—Acérquese usted—dijo—, le enseñaré mi retiro favorito.

Abrió la ventana y pasó a la azotea; una azotea de forma rectangular, con piso de zinc y en declive, extendida sobre el pabellón que servía de despacho a Pablo Estrada.

El sol ya estaba muy bajo y sus postreros rayos sólo iluminaban los puntos más altos del horizonte; la brisa frescachona de la tarde soplabá, disipando la grave galbana diurna; la menuda hierba que tapizaba el campo parecía más oscura, como si aquel hálito frío, benéfico precursor de la noche, la hiciese reverdecir; las ho-